

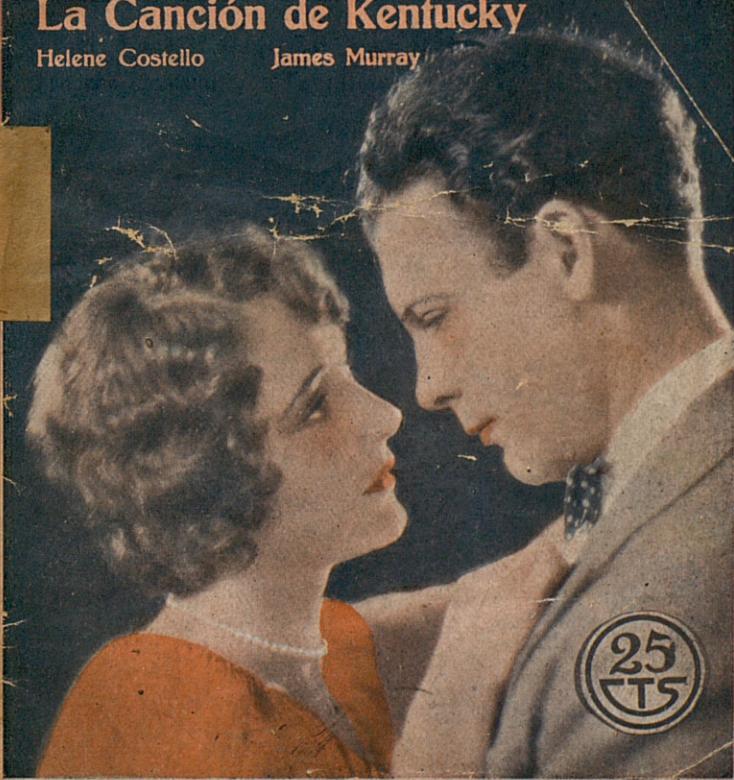
LA NOVELA



METRO-GOLDWYN-MAYER
IBERICA.S.A.

La Canción de Kentucky

Helene Costello James Murray



25
CTS

STAHL, John M.



LA NOVELA METRO-GOLDWYN-MAYER

IBÉRICA, S. A.

Año II Publicación Semanal de argumentos

Núm. 56 de películas de
METRO GOLDWYN MAYER 25 Cénts.

Ediciones BISTAGNE
Pasaje de la Paz, 10 bis - Teléfono 18551 - Barcelona

La Canción de Kentucky

(IN OLD KENTUCKY, 1927)

Sentimental producción, interpretada por
JAMES MURRAY y HELENE COSTELLO



Producción

Metro - Goldwyn - Mayer

DISTRIBUIDA POR

METRO - GOLDWYN - MAYER
IBÉRICA, S. A.
MALLORCA, 220 — BARCELONA



LA CANCIÓN DE KENTUCKY

Argumento de la película

El viejo Kentucky tiene su tradición hecha de remembranzas y de leyendas. Pero en su historia los más importantes acontecimientos lo constituyen las carreras del Gran Premio anual.

Un día de carreras de caballos, la hermosa dama yegua Queen Bess, propiedad de la familia Brierly, obtuvo la gran copa de honor.

El matrimonio Brierly, y su hijo Jimmy y Nancy, la novia de éste, acudieron a las cuadras para felicitar al entrenador y al jockey.

—¡No pueden vencernos, papá!

—¡No, Jimmy, y nunca podrán!

Y dirigiéndose a sus dependientes, el señor Brierly agregó:

—Dan Lowry, tú eres el mejor entrenador de caballos de Kentucky. Y tú, Lombrecita, corres como nadie. Se ve en ti la mano del gran entrenador que es Lowry.

Todos los rostros resplandecían de felicidad. Y aquella noche en la residencia de los Brierly que poseían la mejor cuadra de caballos de Kentucky se celebró una gran fiesta con motivo del triunfo.

Concurrió lo mejor de la ciudad y se bailó mucho... El señor Brierly no podía ocultar su alegría y dijo a su hijo Jimmy:

—Hijo, Queenboy es otro de los mejores caballos de nuestra cuadra y es para ti.

—Muchas gracias, papá...

Y el simpático heredero de los Brierly que a juicio de las muchachas de la localidad era un joven muy interesante, acercóse a Nancy para bailar con ella...

Después del baile salieron al jardín, todo bañado de luna y de auras perfumadas. Llegó a sus oídos una dulce melodía sentimental que tocaba un negro.

—¿Oyes la Canción de Kentucky? ¿No te conmueve oírla? — dijo Nancy.

—Es preciosa... Nos recuerda nuestra tierra...

Y llevados por la emoción que produce la música, se besaron largamente...

El que tocaba la canción era un negro llamado "Cangrejos". Vivo como una ardilla.

Vivía en la otra parte de la ciudad y festejaba a "Lirio de Mayo", una criadita de los Brierly, negra también, como el resto de la servidumbre de la casa.

"Lirio de Mayo" al escuchar los prime-

ros compases asomóse al patio y en pago de la melodía entregó a "Cangrejos" un sabroso pastel.

Mientras lo devoraba, "Cangrejos" dijo:

—Oye, "Lirio de Mayo", en "cuantito tengas gualdaos" cien dólares... nos casamos.

—Ya tengo algunos "gualdaitos"...

Y ella le mostró un monedero que guardaba en la media.

—¿Ves?

Le enseñó varios dólares y a la vista de la plata, "Cangrejos", siempre aprovechado, se puso repentinamente serio.

—¿Qué te pasa, alma de Dios? — preguntó ella—. ¿Por qué te has puesto tan "tliste"?

—“No pasa ná... azuquita... arsolutamente ná...”

—Entonces...

—Sino que vengo “dede mu lejo” sólo por “velte”... y tengo los “pie hecho” una miseria.

Y miró sus zapatos rotos con las suelas destrozadas. "Lirio de Mayo" se enterneció.

—Pero “¡cómo dejá de ve esa carita... cuando tú ere para mí lo más dulce!”

—“No quielo” que padezcas más... “Complate” zapatos... Toma.

Y le dió cinco dólares... "Cangrejos" sonrió, agradecido.

Domingo, el mayordomo de la casa llamó a "Lirio de Mayo" y la muchacha se despidió de su novio mientras éste volvía a tocar "La Canción de Kentucky".

¡Era una canción tan dulce! Los Brierly y sus invitados la oyeron y llamando a "Cangrejos" se la hicieron repetir en el salón...

Muchas lágrimas se asomaban a los ojos... Era el recuerdo de la tierra, del amor, de los años juveniles, de la primavera, de todo lo que se denomina emoción...

Pero el divino encanto fué roto por la llegada de un invitado que traía un periódico.

Acababa de ser declarada la guerra... Se necesitaban muchos voluntarios para ir a Francia a luchar.

Jimmy, inflamado de amor patriótico declaró que quería alistarse inmediatamente... Otros jóvenes siguieron su ejemplo... El amor a la bandera llenaba todas las almas...

"Cangrejos" marchó de la casa y terminó la fiesta entre las lágrimas de muchas madres y el entusiasmo de la gente moza que amaba la aventura y el valor.

Al día siguiente Jimmy se alistó como voluntario, a pesar de las protestas de su madre y de su novia... También Lombrecita, el bravo y pequeño jockey, quiso hacerlo, pero no le admitieron.

—Cuánto me hubiese alegrado que me

hubieran aceptado a mí también! — decía el jockey.

—Tu trabajo aquí es tan importante como el mío, Lombricita — le dijo Jimmy. Jimmy se despidió en escena tiernísima de sus padres y de Nancy.

—Es por poco tiempo, amor mío — dijo a la novia...

Pero ella lloraba... lloraba... pensando que podía morir en un segundo.

“Lirio de Mayo”, la sirvienta, se despidió también del señorito, ofreciéndole dos ricos pasteles.

—“Yo lo hice especialmente pa que uste se lo lleve pa la guerra” — dijo ella.

—“Lirio de Mayo”, yo pelearía en un millón de guerras por uno de tus pasteles — respondió Jimmy, riendo—. Anda, pómelos sobre aquella mesa.

La criada fué a hacerlo, pero emocionada tropezó con el equipaje del señorito, cayó y los dos pasteles se convirtieron en un pastel...

El mayordomo reclinó su torpeza y todos rieron mientras la pobre muchacha, avergonzada, corría a esconderte en la cocina.

Horas después Jimmy partía para la guerra...

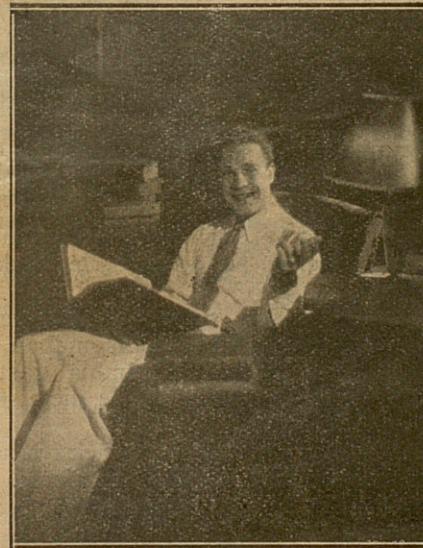
“Cangrejos” vagababa una mañana por la ciudad, sin sentir para nada el entusiasmo bélico. Llevaba bajo el brazo un tubo de

chimenea. Pareció turbarse al ver que se acercaba a él un guardia de orden público que conocía demasiado su vagancia.

—Adónde vas? — le preguntó el policía.

—A ninguna “palte”. Yo ya fuí...

Pero he ahí que de pronto se deslizó del tubo de la chimenea una gallina que cayó al suelo.



Jimmy, inflamado de amor paterno...

— ¡Eh! ¿Qué es esto? — dijo el policía, pensando que “Cangrejos” la habría robado de algún corral, como así era en realidad.

“Cangrejo” no se volvía pálido por causa del color...

— “Cosa extraña” — dijo —. “Mie usted donde se había metido esa gallina!

— ¡A ti sí que te voy a meter en la cárcel, sinvergüenza!... Pero no, la cárcel es poco para ti. ¡Vas a ir a la guerra! ¡Andando!

— Yo no tengo que “il” a ninguna guerra... Yo le tengo mala voluntad a “nadie.”

— Anda de prisa, cobarde...

Y le obligó a ir a la próxima oficina donde hacían cola los mozos que iban a alistarse.

Le hizo entrar el primero, pero cuando los oficiales vieron su aspecto, le declararon inútil.

“Cangrejos” salió sonriente, bendiciendo a sus llagados pies que asomaban entre los zapatos rotos... Se había gastado para otras cosas el dinero que le diera antes “Lirio de Mayo”.

— Me han dado por inútil, gracias a ustedes, mis pobres pies — dijo sonriente.

Y siguió su camino de eterno vago.

**
La guerra exigía la requisita de caballos y vehículos,

Un día se presentaron unos agentes en las cuadras de Brierly. Este fué enseñándoles con orgullo sus caballerizas.

— He ahí mi mejor ejemplar — dijo acariciando a una yegua —. ¡Es Queen Bess! La estoy preparando para la carrera del Gran Premio.

— Lo siento mucho, pero según la ley del reclutamiento, todos los caballos están sujetos a la requisita.

Sonrió Brierly.

— Señor, mi hijo va voluntario... y mis caballos no serán menos.

Y poco después quedaban desiertas sus cuadras.

Allá en Europa, la guerra proseguía atroz. Jimmy deseaba de veras que se acabase la contienda.

Cierta noche después de un combate rudísimo, Jimmy y los soldados de su compañía pudieron dormir en un patio, calados hasta los huesos. Hacía un tiempo horroroso, una lluvia de invierno caía sin cesar y los caminos estaban encharcados.

Apenas llevaban una hora descansando, cuando entró un oficial, quien despertando a las tropas, dijo:

— Necesito un hombre de confianza para llevar un pliego al Cuartel General...

Nadie se movió. La fatiga física podía más que los gritos del deber.

— Soldados — continuó el oficial —, se tra-

ta de algo urgentísimo, para salvar muchas vidas, y no se puede ir en automóvil... ¿Quién se ofrece como voluntario?

Jimmy se levantó...

—¡Yo! — dijo sencillamente.

—¡Bravo, muchacho!... ¿Sabe usted montar bien a caballo?

—Soy de Kentucky...

—No hay, pues, más que hablar. Tome ese pliego y marche a escape al Cuartel General.

Caía una espesísima cortina de agua... Apenas se veía... Jimmy acercóse al caballo que le destinaban y en la oscuridad nocturna distinguió sus líneas finas de animal de raza.

—¡Hola, amiguito!... ¡Pareces un Kentucky!...

Y dirigiéndose al oficial, le habló así:

—Si este caballo es de la raza que yo creo... saldremos adelante.

Montó en él y lanzóse como una exhalación desafiando la lluvia y las balas que sembraban a su paso estallidos de muerte.

—¡Vuela, vuela... Kentucky! — decía—. ¡Anda, mi caballito!... ¡Ya estamos llegando!

Y la noble bestia sin resbalar en el lodo, galopaba desenfrenadamente. Y por fin tras media hora de constante peligro llegó Jimmy al cuartel general pudiendo entregar el mensaje.

El animal quedó en el patio. De pronto estalló una bala de cañón llevándose una parte del edificio e hiriendo al caballo...

Por fortuna ni Jimmy ni el Estado Mayor sufrieron daño... El soldado vió el cuerpo del caballo lleno de sangre y sintió por él una infinita piedad.

—¡Amigo bueno... adiós!

Y dejó a la bestia sobre el lodo mientras él corría a ponerse de nuevo bajo las órdenes de sus jefes.

Pasó mucho tiempo durante el cual el mundo se convirtió en una carnicería espantosa... Fueron dos años de lodo y sangre en Europa, de sacrificio en Kentucky.

La noble familia de los Brierly comenzó a conocer la miseria... Las caballerizas estaban desiertas, no había carreras, toda la vida estaba paralizada. Y, sin embargo, era preciso subsistir.

Pero llegó la paz... y con ella la esperanza...

Una mañana el mayordomo de los Brierly fué a adquirir muchos géneros a una de las tiendas del barrio.

—¡Carguéñlo en cuenta! — dijo al marcharse.

Pero el dueño protestó.

—Oye... hace seis meses que los de tu casa... no pagan.

—Lo mismo da seis meses que seis años... El caballero Brierly no dejará de pagar — dijo el negro, indignado.

—¿Y por qué no lo ha hecho ya?

—¿Quién tiene la culpa de que el caballe-

ro Brierly esté pobre? — gritó el fiel servidor — ¿No dió él todos sus caballos para el general Pershing? ¿Y no le dió también su único hijo? ¿Y quién ganó la guerra al fin y al cabo? ¡El joven Jimmy!... ¡Nadie más que él ganó esta guerra!... ¡Y como llega hoy... tenemos que darle un banquete... con dinero o sin dinero!

—Bueno, pues procura que haya dinero... porque me cansaré de fiar...

Y el mayordomo se alejó, enfurecido por el egoísmo del comerciante...

Durante aquel largo tiempo de guerra, "Cangrejos" había continuado dando sablazos a "Lirio de Mayo" y a otras negras...

Aquella mañana, "Cangrejos" procuraba enternecer a una negra que había encontrado junto a la casa donde servía "Lirio de Mayo" explicándole el consabido timo de los zapatos rotos.

"Lirio de Mayo" fué a su encuentro y al verla "Cangrejos" se adelantó, despidiéndose turbado de la otra negrita.

—¿Qué hacías con esa negra? ¿Le pedías dinero? — dijo Lirio muy escamada.

—¿Qué iba a hacer? Esa muchacha estaba empeñá en dame dinero *pa comprá un pal* de zapatos.

—¿Y tú, lo tomaste?

—No. Yo le dije que no *almítia* dinero de *naide* más que tuyo... !

—Pero yo *etoy guardando* mi dinero *pa casalnos...*

—Etá mu bien, azuquita; se me clavará una puya en los pie y cogeré un pasmo — sollozó "Cangrejos" mostrando sus zapatos.

En el mismo instante acertó a pasar por allí aquel guardia de orden público que quiso un día alistar a "Cangrejos".

Al ver que "Lirio de Mayo" entregaba dinero al negro, miró a éste y le amenazó con la porra. ¡Ah, timador!

Dándose cuenta del peligro el avisado "Cangrejos" devolvió los dólares a la negra.

—Mujé, usté no pué obligarme a cogé esa plata — dijo.

Y marchó velozmente dejando a "Lirio de Mayo" en la mayor de las confusiones.

Horas después los Brierly con Nancy y Lombricita se hallaban en la estación para recibir a Jimmy.

La estación estaba repleta... Descendieron muchos soldados, pero Jimmy, entretenido en jugar una partida de dados con otros compañeros, fué de los últimos en bajar.

Estaba pálido, tenía en los labios la mueca del cansancio y de la indiferencia que produce la contemplación repetida de la muerte. Abrazó a sus padres; apenas tuvo una sonrisa para Nancy y Lombricita y se dejó conducir a su casa sin dar grandes muestras de satisfacción por su retorno.

Al llegar a su hogar, el señor Brierly, que

estaba orgulloso del comportamiento de Jimmy en la guerra, le abrazó y señalando a los retratos de los antepasados que presidían el salón, le dijo:

—Hijo mío, te has ganado un puesto de honor entre los Brierly...

Jimmy se echó a reir saludando grotescamente a sus antepasados. ¡Maldito lo que le importaban!

“Lirio de Mayo” y el mayordomo quisieron saludar al héroe que retornaba, pero Jimmy, indiferente a todo, no reparó siquiera en ellos.

Y es que la guerra le había transformado por completo. Nada le interesaba, los sufrimientos pasados habían dejado en él un ansia enorme de placeres, rechazando cuanto pudiera molestarle.

Se había convertido en jugador, en bebedor. Y en nada se parecía al joven Jimmy de cuando marchó... ¡Ah, la guerra... qué pingajos humanos devuelve!

Las esperanzas de Brierly habían estado puestas en la vuelta de su hijo. Pero la realidad no era halagadora.

Pasó una semana...

El muchacho no se preocupaba de nada y pasaba el día en la taberna jugando a los dados. Y sus padres tenían que convencerse que les habían cambiado a Jimmy.

También Nancy sufrió por esa transformación... Pero no quería reñir con él, ya que

le amaba de veras y esperaba que volviera al buen camino.

Un día Jimmy la invitó a dar un paseo en automóvil. Nancy aceptó, pero antes de subir le dijo:

—Lombricita viene con nosotros... esperémosle.

Jimmy se echó a reir.

—Tú necesitarás un acompañante... pero yo no! — dijo.

Y dió marcha al automóvil.

Nancy, sorprendida por la intemperancia, corrió a su encuentro.



...apenas tuvo una sonrisa para Nancy...

—¡No seas así, Jimmy!... Pero... ¿qué te ocurre? ¡Has cambiado tanto!

—¿A mí? ¡Nada absolutamente!...

—Pues anda... esperemos a nuestro amigo Lombricita.

—Como quieras. ¡Y luego dirás que no soy complaciente!

Descendió del coche y sentóse con Nancy en el mullido césped de un parque.

—¡Qué guapa estás, Nancy! — le dijo de pronto mirándola con ojos pecaminosos. — Nunca te había visto más guapa que hoy!

Y le dió un fuerte beso en los labios al propio tiempo que le decía:

—¡Siempre he estado loco por ti, Nancy!

—Moderáte, Jimmy! — le dijo ella apartándose discretamente.

Pero el joven se sintió espoleado por el deseo y acometido de repentina furor estrechó entre sus brazos a Nancy besándole los brazos y el cuello.

Nancy, temerosa, le rechazó.

—¡Jimmy, por favor! — protestó, asustada.

Pero él seguía abrazándola y daba miedo...

Lombricita llegó en el instante oportuno para salvar a Nancy de las garras de Jimmy.

Le separó rudamente, pero Jimmy, furioso, se arrojó contra el jockey dándole un formidable golpe y derribándole en tierra sin sentido.

Nancy fué en auxilio del pobre defensor mientras el ex soldado volvía a subir

a su coche tomando el volante con movimiento nervioso... ¡Estaba cansado de todo... de todo! ¡La vida ya no le ofrecía ningún placer apetecible!

Más tarde llegó a su casa... Al bajar del coche tiró una botella de whisky que había apurado durante el trayecto... Subió medio embriagado las escaleras.

Sus padres le vieron desde una terraza y arrugaron el entrecejo. ¡Qué desengaño con Jimmy! Pero la madre quiso intervenir a su favor viendo que su marido se levantaba para ir al encuentro del joven.

—Recuerda, querido... Ha pasado dos años espantosos.

Jimmy había llegado al salón de retratos y contemplaba las efigies de sus antepasados. Las saludaba burlonamente y en tal actitud le sorprendió su padre.

—¡Hola, papá! — dijo el chico, tambaleándose. — Estaba saludando a los amigos Brierly... ¡Apostaría a que ninguno de ellos se siente tan bien como yo!

—¡Jimmy!...

—¿Qué quieres? ¡Ah! ¿Sermón tenemos?... ¡Vamos, empieza!...

—Hijo... has dado la espalda a todo lo que significa honor en Kentucky... a todo lo que los Brierly han defendido durante seis generaciones...

—Oye, todos esos viejos chochos están muertos — interrumpió Jimmy... — y al “viejo

Kentucky" no le queda más que su canción... Yo ya no creo en nada... ¿sabes? En Francia vi morir muchos hombres... y podrirse. No les importaba nada, ni el pasado ni el porvenir. Estaban muertos.

—Jimmy, los hombres que cayeron en Francia no han muerto... Lo que ellos hicieron vivirá siempre para la posteridad... Y el honor, y la honradez que fué norma de los Brierly... eso será siempre sagrado para los hombres.

—Ese honor anticuado y ridículo no me dice nada... ¡Me marchó de esta casa donde nunca podréis comprenderme! — dijo brutalmente.

Y después de mirar despectivamente a su padre, se encerró en su cuarto, preparó su maleta y partió.

La señora Brierly le detuvo en la escalera...

—¡Jimmy, hijo mío — dijo llorando —, mañana te arrepentirás de lo que vas a hacer!

—¡Dejadme, estoy harto de vosotros!... ¡Y también de Nancy!

Y marchó de la casa. Su padre le vió cruzar la escalera y nada le dijo. Allá él... Pero el noble caballero lloraba por dentro con pequeñas lágrimas de fuego... ¡Qué desilusión!

*

Una mañana, en una feria, el señor Brierly descubrió a su amada yegua Queen Bess que ahora estaba en poder de unos artistas de circo. ¡Pobre animal! Procedente de la venta de los caballos del ejército había sido adquirido por aquellos ambulantes.

Una gran emoción se apoderó de Brierly al acariciarla. La bestia le reconoció mirándole con ojos inteligentes.

—Quiero comprar esa yegua — dijo Brierly a su propietario.

—No puede ser...

—Le daré el doble de lo que usted pagó por ella...

—Si es así...

Y se concertó la venta... Como Brierly no llevaba dinero suelto, extendió un cheque por valor de 180 dólares, precio sobre el que convinieron la venta... Y se marchó feliz con el animal reconquistado.

Al llegar a su casa, lo llevó a la cuadra, y Lombricita, que había continuado en aquel hogar prestando sus servicios en otra faena, quedó maravillado al ver al animal.

—¡Queen Bess! ¡Está tan linda como siempre!

Pero luego sonrió tristemente al ver en su flanco izquierdo una enorme cicatriz que ya Brierly había descubierto después de efectuado el pago. ¡Pobre yegua! La habrían herido durante la guerra... y tenía para siempre aquella larga señal como muestra de sus servicios!

—Eso no es nada — dijo Brierly, sonriente—. Lombricita, tú la correrás otra vez... Creo firmemente que conserva su buena sangre.

Más tarde llegó el antiguo entrenador Lowry a quien Lombricita dijo:

—Los colores de Brierly se verán de nuevo en la pista.

Lowry examinó al animal y movió la cabeza con aire de duda:

—Yo no voy a preparar ese caballejo para que el viejo Brierly pierda lo poco que le queda.

—Pues la yegua ha de triunfar... te lo aseguro...

—Tal vez sí... pero... me parece improbable.

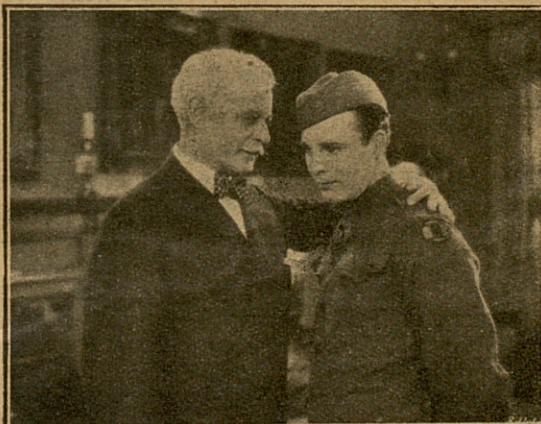
Al día siguiente se celebraba en la comarca la Fiesta de las Madres... Todos los hijos dedicaban a sus madres en tal día un hermoso ramo de flores, según su posición económica.

“Lirio de Mayo” había entrado en una tienda a adquirir una rosa para su madrecita...

Jimmy se había acordado de aquel poético día y, aunque ya no vivía en su casa, quería enviar un obsequio a su buena madre, a la que siempre recordaba con amor.

Entró en la misma tienda en ocasión que “Lirio de Mayo” adquiría su ofrenda.

Jimmy estaba contento. Jugando a los dados había tenido gran suerte, logrando ganar varios centenares de dólares.



— Hijo mío, te has ganado un puesto de honor entre los Brierly...

—Quiero las más bellas flores que usted tenga... para la madre más bella del mundo entero — dijo al tendero.

—¡Orquídeas... diez dólares cada una!

Y el comerciante le mostró unos preciosos ejemplares.

— ¡Las quiero mejores!

— ¿Y éstas? ¿Le van bien?... Son ciento ochenta dólares...

Señaló un cesto cargado de las más hermosas flores que nacen en el mundo.

— Me quedo con ellas... “Lirio de Mayo”, lleva estas florecitas a mi linda y buena mamá.

Pagó su importe y luego regaló como propina a “Flor de Mayo” cien dólares, marchando seguidamente.

La negra quedó viendo visiones... ¡Cien dólares de gratificación!... ¡Entonces ya podría casar con su novio!...

Corrió loca de contento a su casa. Cerca de ella encontró a “Cangrejos” que con otros negros bailaba un desenfrenado “charlestón”.

“Cangrejos” — le dijo —, el caballero Jimmy me regaló cien *machacantes*.

La boca se le hizo agua al negro...

— Déjame *guardalo*, azuquita... que lo *puedes peldel*...

Y le quería tomar el billete, pero “Lirio de Mayo” se lo guardó sin querer ceder... No, no, mejor que ella nadie lo guardaría. Y entró en la casa.

— Del caballero Jimmy, señorita — dijo a la señora Brierly, entregándole las flores.

Esta, que se hallaba con su marido, no pudo menos de conmoverse ante la ofrenda.

— Es un bello gesto de Jimmy — dijo. El padre no respondió... ¡Hijo ingrato!

¡Había abandonado su casa para vivir una existencia de vicio!

Mientras tanto, el mayordomo disputaba con el tendero que quería cobrar sus créditos.

— Ya estoy cansado de excusas!... ¡Lo que necesito es dinero!

— Queen Bess ganará millones para nosotros en las carreras... y entonces le pagaremos...

Y el comerciante tuvo que volverse sin poder ver un céntimo.

Los Brierly se hallaban, entretanto, preocupadísimos, por su situación económica. Hacía un mes que en la cuenta corriente del Banco quedaban únicamente tres dólares... ¡Y cómo hacerlo para pagar las facturas que se debían?

Brierly pensó en el cheque que había extendido el día anterior para pago de la yegua... y tuvo miedo... ¿Qué locura fué aquella? ¡Si no había fondos en el Banco!

Y como un eco de sus propios pensamientos, entró en la sala un caballero.

Brierly fué a su encuentro y el recién venido le dijo con cara de pocos amigos:

— Señor Brierly, extender un cheque sin fondos, constituye una estafa... Tengo una orden de arresto contra usted.

Y le mostró el documento de detención.

Brierly se volvió pálido y se excusó:

— Ha sido un error mío!... Arreglaré eso por la mañana.

El mayordomo y “Lirio de Mayo” escucha-

ban cerca de la puerta comprendiendo que ocurría algo anormal...

El primero dijo a la muchacha:

—No sé qué va a pasar aquí. Es un detective...

Pero el detective no admitía excusas:

—Lo siento, señor mío, pero las órdenes son de llevarle conmigo — dijo.

La señora Brierly, que había hasta entonces permanecido apartada, se adelantó hacia ellos y preguntó qué sucedía.

—No es nada, querida — dijo su marido, turbado—. Voy a salir con este caballero.

—¡Detenido! — dijo la esposa, rompiendo a llorar—. ¿Y por qué?

—Sin querer... extendí un cheque en el Banco y no había fondos... Pero si yo entregase el dinero ahora mismo... se podría arreglar esto, ¿no es cierto?

—En ese caso nada pasaría — dijo el detective—. Lo que interesa ahora es el dinero.

Brierly buscó angustiado en los bolsillos no encontrando más que un billete de cinco dólares.

“Lirio de Mayo” comprendió. ¡Pobre señorito! ¡Iban a detenerlo! Y con lágrimas en los ojos entregó su monedero al mayordomo, diciéndole:

—Es mi dinero... Para el *señolito*...

Y salió para ocultar su llanto... ¡Todos sus ahorros perdidos! Pero se trataba de salvar a un Brierly.

Conmovido por el gesto de la muchacha, el

mayordomo llegó ante el detective y dijo al señor Brierly:

—Señor, aquí está este dinero que dejó usted olvidado en su dormitorio.

Y entregó ciento ochenta dólares, con lo que pudo satisfacerse la deuda.

Los Brierly se emocionaron ante la fidelidad de “Lirio de Mayo”. ¡Muchacha de maravilloso corazón! Si algún día llegaban a ser ellos ricos, la recompensarían espléndidamente.

Entretanto, “Lirio de Mayo”, hecha un mar de lágrimas, le decía a “Cangrejos”, que rondaba por el jardín:

—Ya no podemos *casarnos*.

—¿Cómo es eso?

Explicó su sacrificio. Pero “Cangrejos”, que no quería perder la esperanza de aquel matrimonio ya que mientras tanto iba cobrando algún dinero, le dijo consolándola:

—*No impolta, azuquita... esperaré hasta que reuna otro cien machacantes.*

Y como prueba de su fidelidad la besó en los labios.

**

Se acercaba la fecha de la Gran Carrera.

El señor Brierly visitó al presidente del Club Jockey y le decía:

—Prometo a usted que tendrá el dinero para pagar la inscripción de Queen Bess antes del día de las carreras,

No sabía de dónde sacar el dinero... pero él no se resignaba a que su yegua no corriese.

Mientras tanto seguía la buena suerte para Jimmy. Continuaba ganando en los dados...

Y un día fué a casa de un prestamista para desempeñar lo que en épocas de escasez había tenido que dejar.

Mientras le despachaban, le sorprendió ver sobre la mesa varias copas de plata que tenían inscripciones de premios ganados en otras épocas por los caballos del señor Brierly.

¿Qué significaba aquello? Las copas las había visto en su casa muchas veces. ¿Por qué estaban en la casa de préstamos?

—¿Quién trajo estas copas? — preguntó

—Su papá de usted...

—Y trajo algo más?

—Sí... mire...

Y cogió una medalla y una cadenita... que eran de su madre, y el reloj de oro de papá.

A la vista de aquellos objetos, el muchacho se enterneció... ¡El reloj, la cadena, esas cosas tan amadas... que los hijos ostentan como el mejor de los recuerdos!

Jimmy con lágrimas en los ojos pensando que mientras él tenía dinero en abundancia, sus padres carecían de lo más necesario, marchó de allí.

Entretanto, Queen Bess seguía entrenándose bajo la dirección de Lowry que, aunque no tenía grandes confianzas, haría todo lo posible para que corriese en buenas condiciones.

Jimmy fué al hipódromo donde estaban ya los caballos, pues al día siguiente debía celebrarse la gran carrera.

Se acercó a Lombrecita y le pidió perdón...

—Mucho siento lo que sucedió... amigo... No me guardes rencor.

—No, no te lo guardo — le dijo el jockey. Pero yo también lo siento por ti... por Nancy... y por tus padres.

Jimmy viendo pasar a su padre se acercó a él y le saludó:

—Papá, sé que necesitas dinero — dijo—. ¡Déjame ayudarte!



—¿Quién trajo estas copas?

Pero el padre, mirándole con dureza, contestó:

—No necesito ayuda de usted, caballero.

Jimmy alejóse pensando en cuán difícil era aquella reconciliación que ahora deseaba.

Llegó el día de la carrera. Jimmy fué a las cuadras a ver a Lombricita. Tenía también gran confianza en el triunfo de Queen Bess.

—¿Dónde está Queen Bess? — preguntó—. Desearía verla.

—Está en la cuadra... y allí se va a quedar — respondió el joven, malhumorado.

—¿Qué quieres decir?

—No hemos podido pagar la inscripción...

Jimmy palideció... Y él tenía aquel dinero en el bolsillo. ¡Oh, marchó corriendo a telefonear al Jockey Club!

—El Jockey Club... pronto... pronto...

Y mientras esperaba la comunicación, pensaba en su conducta indigna, en Nancy, en sus padres... entregado a la bebida... sin ser útil a la sociedad... Pero ahora él se regeneraría, deseaba ser otro hombre, servir...

Como la línea telefónica estuviese ocupada, corrió directamente al Jockey Club.

—Vengo a pagar la inscripción de Queen Bess — dijo—. Pero agradecería que no dijeran a mi padre nunca que yo la pagué.

—Bien... bien...

Tan pronto hubo abonado su importe volvió al hipódromo, lleno ya de un enorme gentío

que esperaba ansioso el comienzo de las carreras...

Jimmy se dirigió a las cuadras... Había llegado hasta allí la noticia de que se había pagado la inscripción.

El muchacho contempló a Queen Bess cuyas riendas tenía Lombricita. Miró al animal y descubrió su cicatriz.

Fijándose en él gritó:

¡Kentucky! ;Le reconozco! ;Es el mismo caballo que me condujo a mí una noche de lluvia... y al que hirieron!... ¡Oh, Kentucky!... ;Esta yegua voló entonces sobre el lodo!

El animal le reconocía y cabeceaba...

De pronto, Jimmy miró al cielo que estaba nublado y dijo:

—Esta yegua sería invencible si la pista estuviera enlodada. ¡Oh, gran Dios, haced que llueva!

Lombricita dijo a Jimmy:

—Jimmy... tú fuiste quien pagó la inscripción... no lo niegues... Tu padre no tenía dinero...

El joven sonrió:

—He sido yo... pero no lo digas a nadie...

Las nubes iban cerniéndose cada vez más sobre el horizonte... Los Brierly ocuparon un sitio en la tribuna, acompañados de Nancy, siempre triste desde que se marchó Jimmy... Mas, ¿para qué habían ido? ;Si el caballo no podría correr!

De pronto acercóse a ellos Lowry y les dijo:

— ¡El Jockey Club va a dejar correr a Queen Bess!

— ¿Es posible? ¡Qué gran suerte!

Iba a comenzar la carrera. Empezó a desencadenarse una lluvia torrencial.

Jimmy, loco de alegría, le dijo a Lombricita:

— Queen Bess corre como una exhalación sobre el lodo. ¡Ahí tienes la oportunidad! Déjale suelta la rienda... ella hará lo demás. ¡Yo lo sé!

Luego fué a la taquilla a apostar mil dólares por Queen Bess... También el negro "Cangrejos" había apostado por aquel caballito...

Dióse la señal de marcha y una docena de caballos se lanzaron a galope por la pista bajo una espesa cortina de agua.

Los Brierly pasaban momentos de emoción... Y allá entre el público, Jimmy contemplaba ardientemente el avance...

Y ocurrió el milagro... Queen Bess, que era incomparable para correr sobre el lodo, fué dejando atrás a todos sus rivales y obtuvo el primer puesto en la clasificación.

¡Gloria... gloria! ¡Los Brierly volvían a ser ricos! ¡El Queen Bess les acababa de dar la suerte!

Y fueron a felicitar al jockey Lombricita por el éxito...

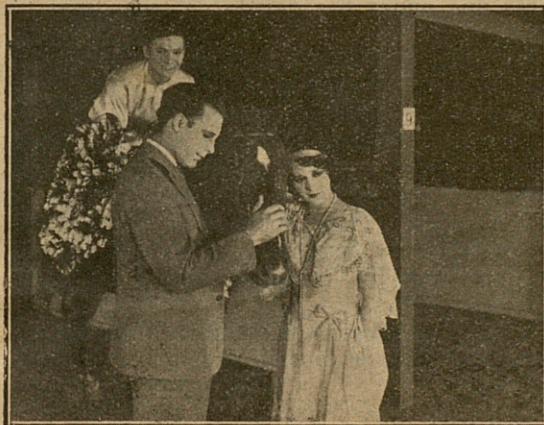
Lejos, sin ser visto por nadie, Jimmy saboreaba a solas el triunfo...

**

Aquella noche se celebró un banquete en casa de Brierly para conmemorar el triunfo...

Durante la comida el mayordomo se acercó al señor Brierly y le dijo:

— Ahí hay un caballero que desea verle, señor...



Y fueron a felicitar al jockey.

Brierly salió a recibir la visita y se encontró con su hijo.

Jimmy, humilde y con los ojos bajos, le dijo:

— Vengo a felicitarte por el triunfo de hoy...

El padre le miró entre risueño y enfadado...

— Aquel era día de gloria... de paz!

— ¡Gracias!... — dijo sencillamente.

— Papá — continuó Jimmy — Estoy arre-

pentido de haberme marchado... Deseo volver a casa. ¿Quieres que me quede?

Al fin y al cabo era su hijo. No pudo reprimir su amor y le abrazó.

—Hijo mío — le dijo —. Algun día comprenderás que nunca has dejado de tener aquí tu sitio...

Entraron la señora Brierly y Nancy a quienes Jimmy pidió perdón...

Y la cena continuó con mayor paz...

Luego, los Brierly supieron por Lombricita que era Jimmy quien pagó la inscripción y se mostraron orgullosos de su hijo.

“Cangrejos” ganó mucho dinero con la apuesta a favor de Queen Bess y se dispuso a casarse, por fin, con la bondadosa “Flor de Mayo”.

Y volvió a oírse en Kentucky la dulce canción evocadora de la felicidad.

FIN